

Naishtat, Francisco; Raggio, Ana María y Villavicencio, Susana (2001); “La universidad hoy: crisis de esa buena idea” en Naishtat, Raggio y Villavicencio (comp.) (2001) *Filosofías de la Universidad y conflicto de racionalidades*; Ed. Colihue, Buenos Aires.

Filosofías de la Universidad

Las instituciones de la sociedad moderna se han erigido con base en la razón ilustrada construida por los filósofos de las revoluciones burguesas del siglo XVII en adelante. Encontramos una línea unívoca en el desarrollo de esta razón que llega a su apogeo y final en el binomio Hegel-Marx. En medio de ello podemos ubicar a la universidad como una especie de “nave insignia” de esta sociedad gobernada por la racionalidad humana. Sin embargo, es en esta misma institución donde se expresa cabalmente que el desarrollo de la razón ya no tiene un único hilo conductor, sino que ha entrado en conflicto, incluso, hasta llegar a oponerse a sí misma. En el marco de estas contraposiciones es que aparecen los debates académicos y políticos respecto al rol social que debe jugar la universidad en la sociedad contemporánea.

Desde esta posición, la crisis de la universidad - al menos de la universidad que aunque sea en su retórica mantiene los principios de la filosofía alemana (humboldtiana)- es una crisis de la filosofía de la universidad.

Con este marco y a través de él podemos embarcarnos en las actuales discusiones que se presentan respecto a las labores de nuestra universidad pública.

Como hemos visto la razón moderna no reconoce otra forma legítima de desarrollarse que a través de su automovimiento dirigido, en consecuencia, a partir de sus propias leyes. Esta forma de desarrollo conduce de forma inmanente hacia la totalidad del saber, siendo la filosofía el fundamento necesario para arribar a tal universalidad. No obstante, la vuelta al empirismo y a la relatividad de la verdad, ponen en cuestión a la universidad como lugar de la razón y de totalización del saber. Ya no existe una razón, sino muchas y ellas entran en conflicto. Este conflicto de racionalidades es el que vemos hoy en la universidad (Naishtat y otros, 2001).

A raíz de esto se pone en cuestión el otrora papel incuestionable de la universidad pública: su condición de comunidad autónoma, cuya función no sólo es el desarrollo académico-científico, sino también y principalmente la crítica transformadora (y a la vez fortalecedora) de las instituciones sociales modernas. La razón en conflicto le niega el lugar crítico (político) y la pone en el lugar de proveedora de bienes directamente útiles para otros (llámense consumidores, productores, empresas, organizaciones sociales, etc.).

Derivado de ello la universidad como cosa pública, productora de la luz que da fundamento (cohesión, fortaleza, etc.) a la sociedad y sus instituciones desaparece y con ello su justificación para ser sostenida por los aportes de los individuos que conviven en esa sociedad. De aquí la naturalidad con que muchas veces se toma la idea de la necesidad de diversificación de fuentes de financiamiento y de la distribución de lo que queda del dinero público a partir de cánones de competitividad y pertinencia de las tareas realizadas por cada unidad académica. Nos encontramos entonces con un mundo

que naturalmente puede justificar aranceles, creación de mercados académicos y evaluaciones con criterios gerenciales o cuantitativos fuera de toda lógica intelectual.

En cuanto a la lógica interna el fin de la razón moderna se expresa en la desaparición de la idea de universidad como comunidad integrada. En la universidad de hoy cada grupo es un aparte, dueño de un feudo al que cuida y vigila de cualquier intromisión ajena. La palabra cooperación (paradojalmente muy de moda en la actualidad) toma el significado de unión para obtención de recursos y generalmente se da entre grupos con diferencias tales que nunca podrían llegar a competir entre sí (p.e. entre Primer y Tercer Mundo o entre académicos y empresas). La lógica de competencia toma por asalto a la academia y la divide en compartimentos aislados unos de otros. La fragmentación que naturalmente se produce al desaparecer el sentido de totalidad en la razón, se reproduce en la nueva lógica de funcionamiento de la ciencia.

En definitiva al entrar en crisis el modelo iluminista de razón - donde la universidad tiene un fin en sí misma y necesariamente autónomo respecto al resto de las instituciones sociales-, comienzan a superponerse cuestionamientos en diversos planos de su actividad: el presupuestario, el de la pertinencia de sus actividades, el de su vida política interna, el de su capacidad para responder a demandas sociales, el de su pérdida de desarrollo crítico, el de su autonomía y, finalmente, el de su propia razón de ser como ente diferenciado a otras instituciones generadoras de conocimiento.¹

Sobre la crisis de la universidad moderna

En contraste a la idea de universidad como institución regulada por el uso libre y autónomo de la razón, su actual organización se realiza a través de parámetros cuantitativos-gerenciales. La excelencia académica de la institución y sus integrantes deben medirse a partir de parámetros empíricos tales como cantidad de publicaciones, relación ingresantes-graduados, cantidad de tesis doctorales, etc. La vara académica (de la razón) se encuentra ahora en los análisis costo-beneficio de la economía de la educación.

La educación y la ciencia pasan a ser necesariamente medidas por su aplicabilidad en los mercados. La educación (o formación) vale en tanto resulta útil al mercado de trabajo; la ciencia vale en tanto resulta útil a la producción de nuevas técnicas. La responsabilidad social de la universidad pasa ahora por producir productos directamente útiles para los individuos de la sociedad y ya no como luz crítica y transformadora de la sociedad. La educación y la ciencia siguen siendo llave del progreso, pero ahora éste es entendido como la consolidación (¿perpetuación?) de lo ya conocido.

Lo particular se impone a lo universal. O mejor dicho, se impone la creación de un nuevo universal como la simple suma de particulares aislados. La profundización *ad infinitum* de la división social del trabajo se traduce en el ámbito de la universidad en la proliferación de nuevas carreras y especializaciones de grado y posgrado, así como en la fragmentación hasta límites insospechados de la investigación científica. Su

¹ “Hoy, el desligamiento interno de la universidad se muestra en el plano del saber parcelado en disciplinas particulares, que se expresa topológicamente a través de su ubicación por facultades aisladas unas de otras, como también en los discursos y prácticas de los actores universitarios incapaces de elaborar un código común para traducir los variados y encontrados esquemas interpretativos que la habitan” (Naishtat, Raggio y Villavicencio, 2001; p.24).

justificación suele provenir de la utilidad social que debe tener la formación profesional y el desarrollo de la ciencia. Pero estas funciones son concebidas desligadas de la totalidad a la cual pertenecen. Así ya no estaremos hablando de la evidente debilidad de una universidad cuya generación de conocimientos y profesionales solamente sirve para reproducir estructuras que ni siquiera pueden conocerse ni pensarse, sino que además resultarán útiles sólo efímeramente ya que están diseñados – debido a su extrema especialización- para un tiempo y lugar sumamente acotado.

Al entenderse a la totalidad (la sociedad) como la mera suma de sus partes (los individuos que la componen), la universidad es incapaz de comprender el movimiento del entorno en que vive y, por tanto, incapaz de poder cumplir con su actual imperativo de utilidad social. Se cae así en la trampa de formar trabajadores sumamente especializados para un mercado que al tiempo no va a hacer más que excluirlos, a la vez que se busca desarrollar conocimientos para innovaciones (o adaptaciones) útiles un día y chatarra al otro. Pan para hoy, hambre para mañana.

Es claro que este aspecto de la crisis de la universidad lo que ataca directamente es la noción de autonomía y libertad de la razón para pensarse a sí misma. Resulta interesante en este aspecto observar los diversos aspectos de la autonomía universitaria que entran en crisis para Naishtat, Raggio y Villavicencio (2001): a) en cuanto a su capacidad de gobierno; b) en cuanto a unidad capaz de fijar objetivos, definir políticas y articular el pensamiento colectivo; c) en cuanto a su capacidad de inscripción como bandera de lucha política. En la unión de estas tres capacidades la universidad logra construir su identidad.

No obstante, a diferencia de lo ocurrido en Europa y Estados Unidos, las universidades en América Latina se construyeron con base en una economía dependiente cuya expresión siempre fueron estados frágiles y una clase burguesa que nunca terminó de formarse. La universidad fue siempre así coto de caza de intereses sectoriales oscilantes y su autonomía muchas veces una bandera política ante intentos de intervención del gobierno de turno. De esta manera, “la autonomía universitaria asume en Latinoamérica un plus de politicidad inducido por las tensiones políticas inherentes a la historia del continente...En cualquier caso dejan la huella de una elevada politización de los claustros, que se trasunta en la experiencia de gobierno universitario como bautismo político para toda una masa de jóvenes universitarios”.

La universidad latinoamericana toma para sí una identidad particular proveniente de la militancia estudiantil inexistente en los países del Primer Mundo. Así no es de extrañar que, ante las transformaciones en la razón moderna surgidas del desarrollo inmanente del sistema capitalista, surjan profundas disidencias ante el contraste entre el rumbo tomado por la universidad y lo que el imaginario militante colectivo entiende que debería ser.

La identidad particular de la universidad en América Latina crea un conflicto específico entre dos *deber ser* diversos. Esta es una nueva señal de retroceso en los escalones de la razón moderna. Ya no importa comprender lo que *es* la universidad, sino pelear por lo que *debe ser*, discusión que la propia filosofía moderna entendió que no tiene fin en términos de la razón.

De una u otra forma, nos ubiquemos desde el polo más progresista o en sus antípodas más reaccionarias, lo que está en juego es la relación entre el saber y su uso. En la nada parece haber quedado el ideal moderno de automovimiento de la razón; de desarrollo de la razón siguiendo su propia lógica, autónoma y libre de cualquier injerencia externa. Por el contrario, la disputa actual no es por el saber, sino por su uso. No existe reflexión sobre qué es lo que se conoce, sino cómo, dónde y a quién beneficiarán los productos del conocer. Lamentablemente – al menos en América Latina- ya sabemos quienes son los que constantemente ganan en la disputa planteada en estos términos.²

Así las cosas, la universidad argentina no sólo se disloca internamente por una disputa que no puede tener fin, sino que además es arrasada por las transformaciones que la transformación productiva exige a la razón. Los procesos de fragmentación, especialización, profesionalización e incremento de la competencia interna ocurren en el marco de un cambio radical en la idea respecto a lo que implica el conocimiento y sus consecuencias. En otras palabras, lo que se transforma es el rol del (¿otro?) representante de la razón en nuestra sociedad, la universidad:

“En efecto, de ser esencialmente un centro cultural, destinado a la formación de hombres y también a incentivar al conocimiento en el sentido de un bien público, pasa a ser considerada más apropiadamente como una usina formadora de profesionales y de resultados de investigación adecuados a los requerimientos de un mundo globalizado. En tal condición, no sólo la enseñanza y la investigación, sino también la extensión cambian radicalmente. La primera se heterogeneiza, la segunda se vuelve aplicada y apta a una rápida transferencia, y la tercera, un servicio idóneo para quien puede pagar y de este modo aumentar los producidos de la institución” (Naishtat, Raggio y Villavicencio, 2001; p.30).

² “Este entramado complejo entre saber y uso parece sin embargo acomodarse del lado de una preeminencia del uso. La ecuación kantiana sufre una inversión, entendiéndose a la formación únicamente como una disposición técnica orientada en vista a su utilización, ya se trate de técnica de economía, de medicina, de psico-sociología o de poder militar, la que además, sólo resulta válida si es funcional a necesidades definidas desde los imperativos sistémicos de su ubicación en el mercado” (Naishtat, Raggio y Villavicencio, 2001; p.28).